

ALFREDO NOVELLI

MOZART

Un eucalipto era una sala de conciertos. Vivía en el fondo de un taller mecánico. Los obreros lo llamaban Mozart. Escuchando el canto de los pájaros, reazogaban por costumbre:

—Si así cantan en invierno, cómo cantarán en primavera.

Pero sabían que en primavera el árbol no emitía ningún sonido. Sólo ofrecía funciones en invierno. Los hombres protestaban:

—Si por lo menos tocaran otra música, de vez en cuando.

Los pájaros tocaban música sinfónica y de cámara, además de obras corales. Siempre música de Mozart. En el taller comentaban:

—Las sonatas para piano son frescas; me dan escalofríos.

—Hay un cuarteto disonante.

—Ese trío recuerda a Brahms.

—Ustedes dejen de hablar de música y trabajen —dijo el capataz. En ese momento el árbol comenzó a tocar *La flauta mágica*. El capataz gritó:

—Mañana mismo lo haré cortar. Tapa la luz.

El tronco de Mozart era enorme. Las hachas no bastaban. El árbol ejecutaba una pequeña cantata masónica. A su término comenzó *Una broma musical K. 522*.

—No permitiré que se burle —amenazó el capataz. Iré a buscar una sierra eléctrica.

El ruido de la sierra no se oía. Lo cubría la *Misa en do menor*.

Los pájaros cantaban religiosamente. Los obreros se sumaron al coro. Antes que el árbol cayera, un zorzal comenzó a entonar el *et incarnatus est*. Luego huyó.

SOLO EN UN INCENDIO

Próximo al fin, el viejo Fausto invocó al Diablo, quien no tardó en acudir a su llamado. Firmaron un pacto. Fausto quería disfrutar de todos los placeres que narraban los libros de su inmensa biblioteca.

—Hasta pronto —saludó el Diablo—. Regresaré para incendiarte el alma.

Pasaron años. A la hora convenida, el Diablo se presentó. Fausto le dijo:

—Te entrego mi alma, aquí la tienes.

—¿Qué alma me entregas? ¿Un alma sucia, arruinada, con pecados capitales? ¿Un alma aburrida?

—He conocido todos los placeres. Me he saciado.

—Yo quiero tu alma pura.

—Esta es la única que tengo.

—Así no la quiero. He comprado millones de almas feas. Estoy harto.

—Ese fue el trato.

—No te llevo conmigo. Puedes ir a donde te parezca.

—Debes cumplir el pacto. Hay un contrato firmado.

—¿Estás loco? ¿No sabes cuánto sufrirás?

—Lo sé. Ya no deseo gozar más; llévame.

—¿Al incendio?

—Es lo que anhelo.

—He pagado siempre mis errores; vamos. "¡Oh esplendores ingénitos del alma/ que sólo en un incendio hallan la calma!"

—¿De quién son esos versos? —preguntó Fausto.

—Creí que los conocías.